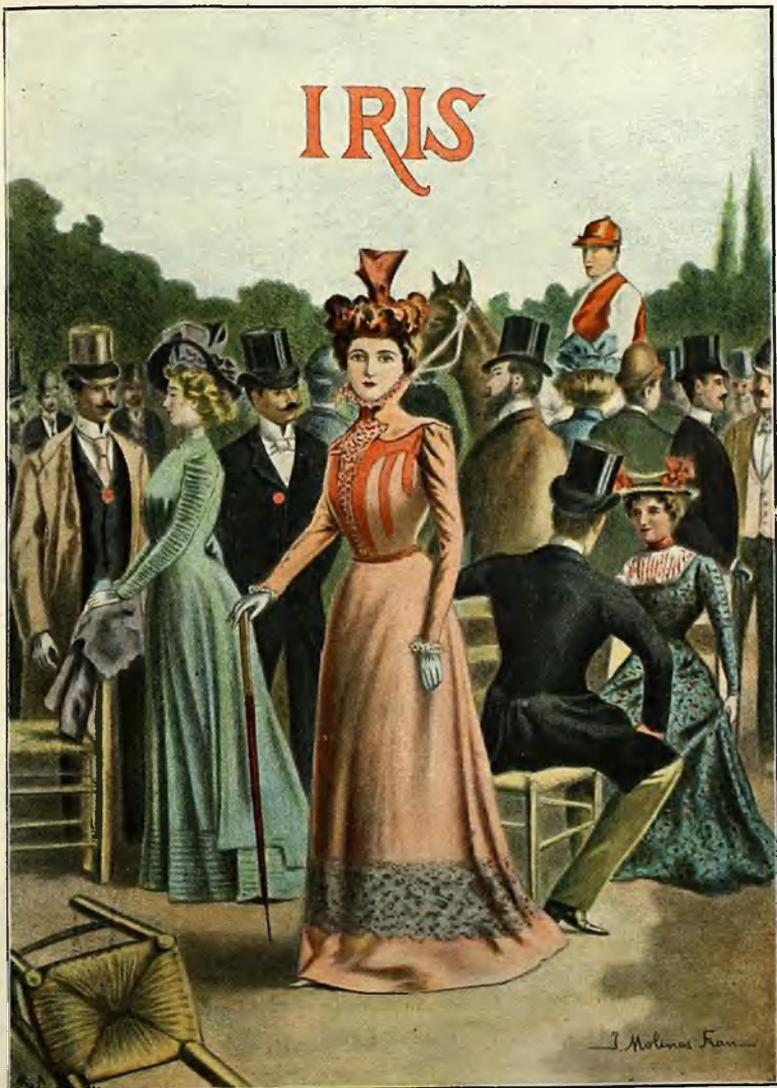


# IRIS



NÚM. 109

BARCELONA, 8 JUNIO 1901

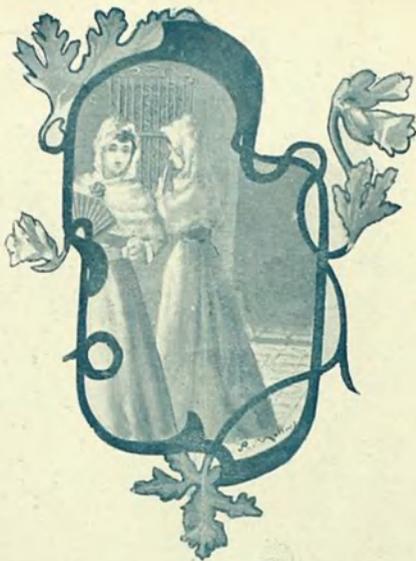
25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid

## CURIOSIDAD

Perfumada y lujosa,  
llena de encantos  
majestuosa seguía  
la calle abajo.  
Recogida la falda  
con gran descaro,  
luciendo los primores  
de sus zapatos  
y una nube de encajes,  
cintas y lazos,  
avanzaba risueña  
dejando el rastro  
de sus huellas, por donde  
dirige el paso.

Con lujo estrepitoso  
é inusitado,  
y cubierta de encajes  
y de bordados,  
alegre, satisfecha,  
contoneando  
el cadencioso talle  
gentil, gallardo.



otra mujer hermosa  
llena de encantos,  
también suaves perfumes  
lanza á su paso,  
y por la calle arriba  
viene avanzando.

que, en su presencia, apenas  
si se han fijado.  
Y siguen su camino  
siempre despacio,  
al parecer tranquilas  
y sin cuidados.

Como van en sentido  
siempre contrario  
y siguen por la acera  
vanse acercando,  
y al fin ban de encontrarse  
las dos al paso.  
Y así es. Las dos mujeres  
pasan rozando;  
á un lado mira la una,  
la otra á otro lado;  
las dos indiferentes,  
fingiendo acaso

¡Ay! no es así... que apenas  
andan tres pasos,  
las dos vuelven, á un tiempo,  
los ojos, ávidos  
de mirar para hacerse  
mutuo inventario  
de vestidos y alhajas,  
cintas y lazos.

¡Solo así sus miradas  
se han encontrado!

JOSÉ JUAN CADENAS

# LAS HUELGA



Como la sociedad está tan grotescamente arreglada, huélgome de risa viendo como huelgan aquellos que, por ser necesarísimo su oficio no debieran de holgar nunca. Pero, en este clásico país de la holganza, no cabe presumir otras consecuencias que la holgazanería á todo pasto.

No es que los holgadores sean seres nefandos; sino que el daño resulta de que en lugar de que holgaran los que vienen holgando, sería mejor que holgasen los que, por las trazas, no holgarán en toda la vida.

Huelgan los panaderos, los carniceros, los cocheros, los zapateros y los barberos.

Esto es, todos aquellos ciudadanos sin cuyos servicios, es imposible comer, andar cómodamente, y mostrarse en público con decencia. En cambio, no huelgan los chiquillos, que alborotan por las calles.

Los caseros, que, con el amenazador desahucio, gravitan sobre nuestras cabezas, como con una nueva espada de Damocles. Los rateros que descerrajan nuestras puertas, apenas volvemos las espaldas.

Los acreedores de toda clase que nos persiguen como vampiros, sedientos de nuestra sangre, ó lo que es igual, de nuestro dinero. Yo creo que viven equivocados los huelguistas; defecto de que participan todos los débiles humanos; porque ¿quién no se equivoca? Aparte del gustazo de hacer domingos todos los días de la semana, durante un período más ó menos largo, el descanso cotidiano les perjudica en extremo. Cierto que en sus *mílines* se dan á conocer algunos oradores, que con pretexto de la subida del jornal ó la reducción de horas de trabajo, hablan hasta de la Trinidad Santísima. También es cierto que votan las huelgas por aclamación, y el regocijo raya en la locura. Pero estas alegrías me recuerdan el cuento de una lugareña. Era la tal una muchacha muy perezosa, que vivía en compañía de su padre, humilde labriego, que se mantenía del producto de sus campos.

Destinaba el buen hombre todo el trigo que recolectaba en sus predios para el pan de la casa.

Y como para hacer pan hay que convertir el trigo en harina; y en aquella casa, el escaso ganado se destinaba exclusivamente á la labranza; y el labrador era viejo y la hija moza robusta; ella era la que cargaba con el costal de grano que había de llevarse quincenalmente al molino, para hacer la harina del pan para medio mes. Siempre, la perezosa mozuela tomaba el costal, con mil protestas.

—¡Ay! ¿Cuándo dejaré de ir al molino?

Por fin, un día, viendo que era el acostumbrado para su odiada romería molinesca, le preguntó á su padre:

—¿No voy hoy al molino?

A lo que contestó el labriego, tristemente:

—No, hija. Ya se ha acabado el trigo.

Entonces, la muchacha, saltando de gozo, exclamó:

—¡Gracias á Dios que ya no tengo que ir al molino!

Lo mismo digo de las huelgas de ahora. Bien está que el obrero reclame derechos que ve torcidos; pero no está bien que vaya á una huelga brincando de gusto.

Porque en las huelgas que se estilan ahora al fin lo que huelga es el estómago, á pesar de las cajas de resistencia. Cajas de resistencia poco eficaces; pues no hay nada que resista al hambre del pobre.

Y á propósito del estómago, se me viene á la memoria la fábula de Menemio Agripa.

Era este señor un senador romano que, en trance apuradísimo, no tuvo más remedio que servir de

tercero entre plebeyos y patricios. Hagamos un poco de Historia. Habían proclamado la República, después de los Tarquinos, y el pueblo que, con variar de nombre el gobierno, había creído que había cambiado también su situación, viendo que seguía siendo la misma, se llamó a engaño.

Cuando le necesitaban, le adulaban, y pedían su concurso para las guerras, cuyo coste siempre se le pegaba en parte á las costillas. Y luego, para qué esos esfuerzos? Para ganar batallas de que solo sacaban fruto sus tiranos; pues los plebeyos entrampados eran vendidos por sus acreedores como esclavos en los mercados públicos.



Hartos de que se les diera gato por liebre, resolvieron retirarse al Aventino, al Monte sagrado; y lo hicieron con armas y bagaje; esto es, con sus familias.

Los patricios comprendieron que se ponía la cosa muy fea. Vieron que tenían que cocerse ellos mismos el pan, vaciar sus orinales, barrer las habitaciones y fregar los platos.

Y á semejanza de los gobiernos parlamentarios de ahora, se alarmaron ante el retraimiento de las oposiciones. Fué preciso enviar á los rebeldes ó huelguistas de entonces, un Aquilera, para que les hablara y redujese. Y entonces, el senador susodicho, Menenio Agripa, marchó al monte, y dirigiéndose á los amotinados, les refirió un cuento.

«Una vez,—les dijo,—hartos de sostener el estómago, que no trabaja y todo lo devora, todos los miembros del cuerpo, resolvieron rechazar tal tiranía, y para ello decidieron el descanso más prolongado. Las manos dejaron de trabajar y de llevar la comida á la boca; los pies se negaron á dar un paso para desarrollar la actividad. Pero qué sucedió al cabo

de algún tiempo? Pues que los pies y las manos, y todo el cuerpo se sintieron extenuados, y próximos á perecer, faltándoles la savia que de ordinario les vivía el estómago.»

Los plebeyos adivinaron la moraleja de la fábula y consintieron en volver á Roma; pero antes quisieron asegurarse bien, y pidieron el Tribunal, para que les representase, y defendiese sus derechos. Ahora, lo mismo que antaño, los huelguistas piden, y pactan con sus patronos, antes de rendirse.

Y exigen un «escrito», porque «¡no se fían!» Con lo cual, queda demostrado que «nada hay nuevo bajo el sol», y que los descontentos con la miseria, que se retiran al Aventino, ó á sus casas, son muy antiguos. Y la verdad es que no saben los huelguistas á cuantas desazones nos llevan sus ruidosos, aunque apremiantes anhelos de mejora. En casa de don Ruperto, especialmente, han sembrado la desolación las huelgas últimas. Don Ruperto es un modesto empleado en una empresa particular; el cual don Ruperto, que es cojo y medio ciego, tenía por imprescindible costumbre ir en tranvía á su oficina. Más, suspendida la circulación de los carruajes democráticos, tuvo necesidad el pobre hombre de salir de su casa dos horas antes, para cumplir con sus deberes. Pero ni aun así se ha salvado. Marchando jadeante y sudoroso, ha cogido un catarro que le ha tenido en cama quince días. Y creyendo sus jefes que era un pretexto la enfermedad (él que nunca había sufrido un mal dolor de cabeza), y que también era huelguista, le han dejado cesante. Por cuya razón, al angustiado padre de familia, agotados sus recursos, se le encuentra todos los días por las calles, yendo de casa en casa de préstamos, con un lio de ropa bajo el brazo, envuelto en un pe ródico, formando el menor bulto posible.

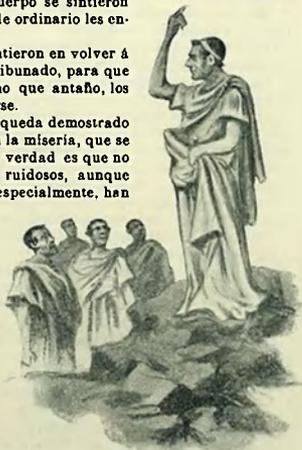
—¿Qué le han parecido á usted las huelgas?—le preguntan ustedes por mera casualidad.

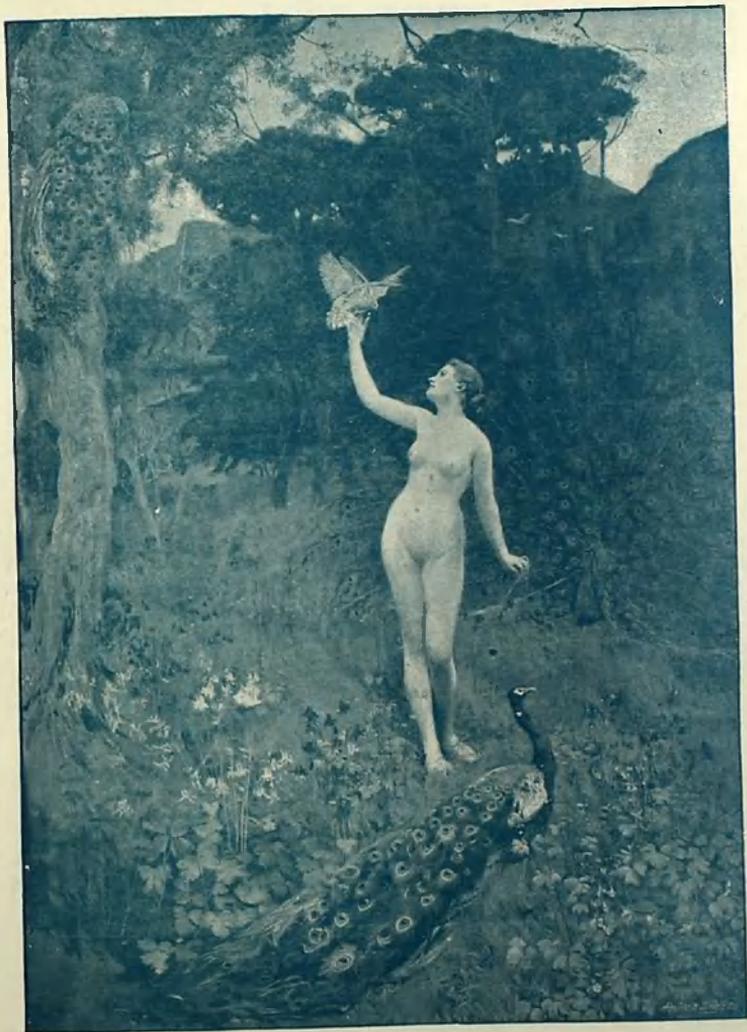
—¡No me habe usted de ellas!—exclama con irritación.—Todos los huelguistas ya han vuelto al tra-  
bajo. En cambio, yo soy el que ahora huelgo hasta sabe Dios cuando.

Y luego añade, señalando al lio con ademán afigidísimo.

—¡Y también huelgan estas prendas... del alma, que no volveré á ver más!

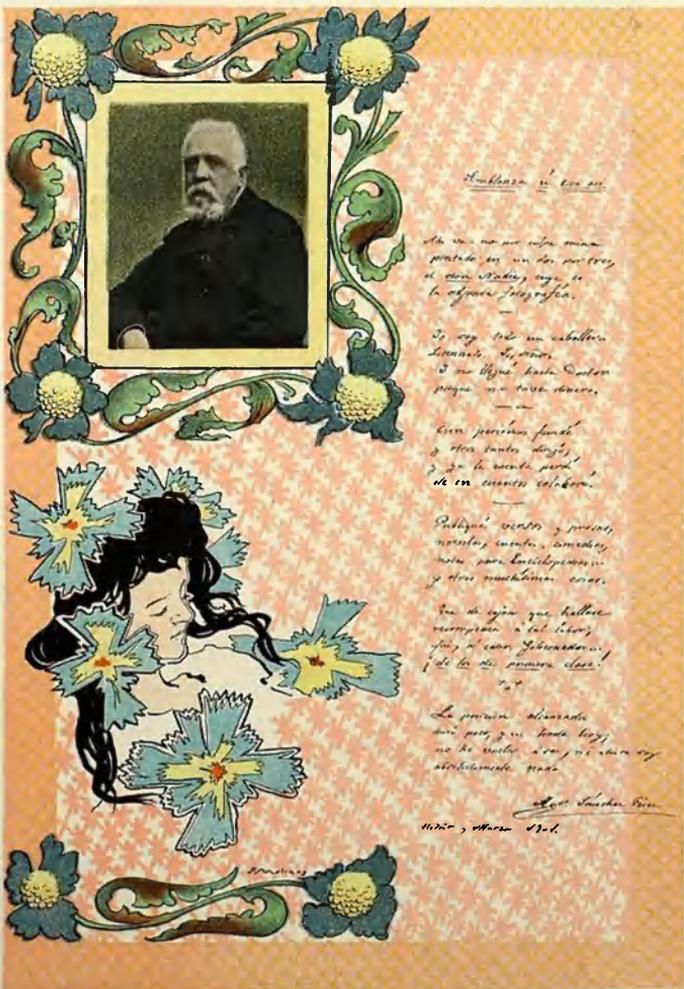
EMILIO RIVAS





LAS AVES DE JUNO

Ayuntamiento de Madrid



*Amblanza en los ojos*

Al ver en un ojo una  
pintada en un día por 1000,  
el don Rodolfo, que es  
la última fotografía.

Lo voy a dar un caballo  
Lionel, el mío,  
y me voy a dar un  
paga en una mano.

Con pocas palabras  
y otros tantos dotes,  
y ya te saca por  
de en cuanto colabore.

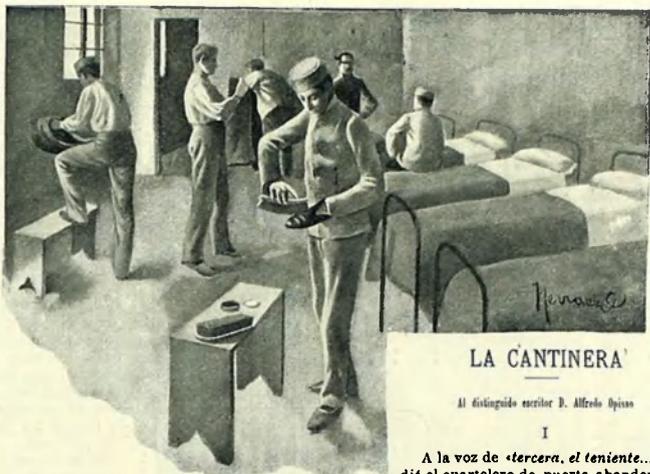
Dejé un tanto y pronto,  
nada, nada, nada,  
nada para los que  
y otros muchos otros.

Sea de agua que hallase  
recompensa a tal libro,  
¡y a los que se  
de la de primera clase!

La primera abarata  
sin pagar y en tanto hay  
no he visto a un que  
abandonado para

*El Sr. Sánchez Ben*

1880, Madrid 1880



## LA CANTINERA

Al distinguido escritor D. Alfredo Espino

### I

A la voz de «tercera, el teniente...» que dió el cuartelero de puerta abandonando el cepillo de la tiza con que limpiaba los ennegrecidos botones de la guerrera por cuyos inhábiles zurdidos podía saberse el tiempo de servicio de aquel *veterano*, formó la compañía con los cabos á la cabeza, como es de ordenanza, y el sargento, con su voz imperativa de general rústico, procedió á la alineación. Aquel día estaba de semana el teniente Puche, jovencito protegido de un general que se *pirraba* como decían sus subordinados, por dar una *torta*; procedimiento el cual le había dado el título de *terrible* entre aquellos infelices elegidos por el destino para probar todas las amarguras de la vida. Pero no le iba á la zaga el que le sucedía; prueba de ello era que cuando le llegaba el turno al sargento Blanco (que así era el apellido del sucesor), la compañía andaba de cabeza y por un quitame allá esa mancha se desencadenaba un diluvio de puntapiés que hacía temblar el orbe.

A propósito de esto, los soldados, que nunca ni por nada pierden su jovialidad legendaria, cualidad que sólo anida en los pechos españoles, hacían las más picarescas frases en las que se vislumbraba un fondo de amargura que hubiera hecho llorar á más de una madre observadora.

Con frecuencia se oían diálogos al tenor de este:

—¿Qué no encuentras el cepillo? Pues mira que le toca de semana al sargento Blanco.

—Sí, ¿pero qué quieres que haga?

—Ya puedes decir que tienes la *absoluta* en el bolsillo. (La absoluta, como comprenderá el lector, era una tremenda bofetada).

No obstante, desde hacía tiempo (cuestión de un mes), el sargento no hacía sentir tanto el peso de su rigor sobre la totalidad de la compañía; y es que había encontrado un blanco donde descargar la metralla de su cólera. Este blanco era Vicenti, un soldadillo enjuto de carnes y nervioso que llevaba un año escaso en las filas. Ambos se habían enamorado de Elvira, la hija del cantinero, una muchacha de tres lustros que hacía perder el seso. Las líneas de su rostro y las morbideces de su cuerpo ejercían un poder irresistible en aquellos corazones que hubieran saltado del pecho por irse tras ella. Pero el amor del sargento, con ser grande, no era como el de Vicenti; el de aquél había nacido de apetitos carnales; el del soldado había brotado de un alma pura, virgen de deseos ajenos á la idealidad. Elvira, comprendiéndolo así y siendo una niña, sin pecar de romántica, barto sensible, como toda mujer de corazón, amaba profundamente á Vicenti. Soldado y todo le quería con toda su alma y le prefería mil y mil veces á aquel Neron en pequeño cuya triste fama era bien conocida de la joven que por esto mismo le miraba no con la indiferencia que se mira lo que no importa, sino con el odio y desprecio que causa lo que mortifica.

Si Elvira hubiera sabido que cuantos desaires hacía al sargento redundaban en perjuicio del pobre Vicenti, á buen seguro que hubiera sido para aquél la más amable y bondadosa de las mujeres. Cada mirada despreciativa que recibía Blanco se traducían en un día de arresto para el soldado. ¿Motivo?

¡Bab! Nunca faltaba. Esa es una cosa que se encuentra siempre. Si todos los jefes y oficiales quisieran nuestro ejército sólo sería una brigada disciplinaria y cada cuartel un presidio.

## II

Vicenti, á la sazón, estaba cumpliendo un mes de calabozo. Todo fué porque una noche, estando de *imaginaria*, se quedó dormido. El sargento Blanco dió parte al teniente Puche que tenía fama de *ordenancista*, y hé aquí á nuestro mozalvete cumpliendo la misma pena casi que cualquier ladronzuelo vulgar. Cuando salió de la *chirona*, como él le llamaba á aquel oscuro cuartucho destinado á encerrar delincuentes, lo primero que pensó, para no gustar de otro arresto, fué no volver á mirar á Elvira.

—El sargento la quiere y yo también,—se dijo embetumándose las botas para la próxima guardia.— Si insisto, seguiré encontrándome todos los punta-piés y recibiendo los mismos castigos.

Ese propósito se hizo; pero como el hombre propone y Dios dispone, la llama del amor, en vez de extinguirse, fué avivándose en el corazón de Vicenti que más de una ¡vez hubo de concebir los más negros proyectos. Empero dotado de una entereza no común en la generalidad de los hombres, supo, ó

por mejor decir, pudo dominarse así mismo y en más de una ocasión, clavándose las uñas en el pecho, desvió los pies del camino de la cantina.

Así transcurrieron días y días, hasta un mes. El sargento no le pegaba ya, pero siempre andaba á caza de un pretexto cualquiera para imponerle un servicio de cuartel, de castigo, ó una imaginaria.

Vicenti esperaba con ansia infinita el momento en que le pondrían en la del Rey.

¡Oh, ser libre! ¡Qué sabe nadie lo que es la libertad!



## III

La pobre Elvira vivía hecha un mar de lágrimas. Ver transcurrir las horas sin contemplar el objeto amado, es sin duda uno de los mayores tormentos que Dios reserva al alma.

Por fin consiguió la joven atraer á Vicenti. Habló con él, le expuso sus quejas y ambos convinieron en que muy pronto, lo que tardasen en licenciar á él, huirían muy lejos para siempre... ¡para siempre!

Mientras tanto era preciso aplacar las iras del sargento; era forzoso evitar sus impetus que de seguro darían al traste con aquel idilio que empezaba á formarse en ambos corazones.

No era oportuno desesperar al sargento; convenía más entretenerle hasta que llegase el día ansiado; lo contrario podía ser causa de terribles consecuencias.

## IV

La orden de licenciamiento se recibió con júbilo indescriptible entre los individuos del reemplazo que comprendía aquella disposición. Pronto biceron entrega del equipo y se quedaron únicamente con la *primera puesta* que luego abandonarían en un rincón del arca de casa. Relatar lo que pasó por el alma de Vicenti, sería empresa harto difícil para el que estas líneas escribe. Ni el pincel más prodigioso hubiera podido hacer una copia exacta de aquel semblante iluminado por la soberbia luz de los grandes acontecimientos.

No hizo esperar mucho á Elvira, no; fuése á buscarla y en un apretón de manos la repitió todo lo que la había dicho cuando vivía sujeto al yugo del cuartel.

—Esta noche nos vamos.

—Sí,—respondió ella en un arranque de pasión.—Tendré todo preparado. ¿A qué hora?

—A las once.

Sin decir más, Vicenti abandonó la cantina rebosante el corazón de gozo. Luego fué á unirse con sus compañeros que en estrecho grupo entonaban canciones de su tierra recorriendo los pasillos del cuartel. La noche avanzó; con ella se aproximaba la hora de la partida. Al amanecer, los licenciados habían de tomar el tren.

Vicenti oyó la última campanada de las once presa de una emoción inexplicable.

Sigiloso, como hombre que va á cometer un grave delito, dirigióse á la morada de Elvira. Esta le abrió la puerta y ambos subieron al cuarto de ella.

Una vez arriba, Elvira dijo desconsoladamente:

—Pero si no podemos escapar. ¿Y el centinela?

—Es lo de menos,—respondió él;—es amigo mío y ya he hablado con él.

Más el pobre Vicenti no sospechaba ni pudo sospechar que aquel soldado compañero suyo, con quien había comido el mismo pan y vestido el mismo traje era capaz de venderle por captarse las simpatías de un superior que al otro día sería capaz de mandarlo á presidio.

En efecto, no se habían dispuesto á marchar los dos jóvenes, cuando el sargento Blanco, con el regocijo del tigre que ve segura la presa, se interpuo en el camino de ellos.

Las palabras que sucedieron entre Blanco y Vicenti no se pueden precisar; lo que sí es cierto es que el sargento cayó atravesado de una puñalada. Una voz femenina gritó: ¡huyel y Vicenti corrió á todo escape refugiándose en la que fué su compañia como si nada hubiera ocurrido.

Los gritos de la joven atrajero la atención del cuerpo de guardia cuyo oficial interrogó con la vista, estupefacto, que significaba aquello.

Y entonces, Elvira, con la abnegación de las heroínas que todo lo sacrifican á su ideal, exclamó soberbiamente, con el orgullo que un león sacude su melena:

—¡Ahí está! ¡Ehabia venido á deshonrarme!

MICHEL DE SILES CABRERA

## UN BAILE DE "FAUSTO"

Es privilegio de las grandes obras literarias dilatar su influencia en las esferas de las artes y suscitar las más variadas interpretaciones. Tal es el caso del *Fausto* de Gouthe.

Pintores, escultores, músicos, dramaturgos, dibujantes y poetas se han inspirado mil veces en la admirable creación del génio de Weimar, sin dejar de encontrar en ella á manos llenas motivos y más



MARGARITA

DONCELLA DEL PURBLO

FAUSTO



PORTABANDERANTE

Ha corrido con el difícil cargo de dibujar las decoraciones y los figurines el propio Mr. Wilhelm, reconocido como uno de los primeros escenógrafos de Europa y han pintado los telones y bastidores Lawthensläger, de Munich, reputadísimo por sus decoraciones de las óperas de Wagner, Glin, Deming y Harker, todos ellos

motivos de inspiración. Delacroix y Ary Scheffer en el lienzo; Litz, Sebmann, Wagner, Berlioz, Gounod, Boito y cien más en el pentágrama; Kaulbach con el lápiz; innumerables poetas en armoniosos estrofas han reproducido bajo los mas diversos aspectos del sentimiento los más hermosos episodios del poema, hasta que por fin le ha llegado la vez al Baile, que, con permiso de los espíritus austeros es también una bella arte, incluida por Hegel en su *Estética* y cultivada por autores (no ejecutantes) tan ilustres como Trófilo Gautier.

El *Fausto*, pues, convertido en ballet de grande espectáculo, constituye una de las artísticas y suntuosas obras que se hayan representado en el *Empire Theatre* de Londres, famoso por su magnificencia.



MERISÍOPHEAN



CIUDADANOS

reputadísimos en la pintura escenográfica.

El efecto que produce *Fausto*, convertido en baile es admirable, y dan ganas de darles la razón á los que, como Richopin y otros, sostienen que la forma superior del arte teatral es la *phantomima*.

¿Y por qué en efecto, no ha de ser un baile tan digno de aprecio como

una ópera ó un drama? Lo que se podrá decir es que andando los tiempos ha perdido su carácter primitivo, pero si nos remontamos á la antigüedad egipcia, griega, india ó judaica veremos que los bailes eran cosa muy seria, y aun sagrada y augusta.

Era, en efecto, la forma religiosa por excelencia, y la memoria de las danzas de las Bacantes, de las Cánforas, de las Bayaderas, de las hijas de Sión y de las Almeas estabá para acreditar el valor de la coreografía como manifestación importantísima de la belleza. Y si se nos dice que ha de resultar ridículo ver á Fausto y Margarita traducir en piruetas su pasión no es mucho menos convencional hacerles cantar un duo en italiano, que á la fuerza



MOZO DEL PUKULO



TAMBORILLO

debían oír todos los vecinos en el silencio de la noche. Además, en Alemania bailan mucho y bien, y en el *Fausto* abundan los bailables: baile en las afueras de Wittenberg, con grave escándalo de Wagner, el fámulo del doctor; baile en la taberna de Anerbach, en Leipsick; baile de gatos en la cueva de



EL JARDÍN DE MARGARITA

comparación de la suntuosidad de las modernas óperas. Lo que hay es que el doctor, en vez de irse al cielo, como en el poema de Gröthe, era arrastrado á los profundos infernos por el diablo, que se apodera de él á los veinticuatro años de firmado el pacto. Esta es, en efecto, la versión de la leyenda original, escrita por Widman en 1361 con el título de *Historia prodigiosa y lamentable del doctor Fausto, con su muerte espantable, donde se demuestra*

*cuan miserable es la curiosidad de las ilusiones e impostura del espíritu maligno.* Fausto vive en una posada en Romli- que, cerca de Wittenberg, y transcurridos los veinticuatro teme que de un momento á otro se lo lleve el diablo, por lo cual invita á sus amigos y compañeros á un banquete, y por la noche, mientras los duermen, él permanece cerca de la chimenea. De pronto los estudiantes que descansaban cerca del doctor oyeron silbidos horribles y aullidos espantosos, como si la casa hubiera estado llena de serpientes, culebras y otras alimañas. Cuando llegó el día vieron la chimenea llena de sangre coagulada. Por fin, encontraron un cuerpo yaciendo sobre un montón de lloco, el diablo le había aplastado la cabeza y quebrado todos los huesos. Como se ve, el final se diferencia bastante de las versiones posteriores.



UNA CALLE DE NUREMBERG

la bruja; baile en el aquellarre del Harz, en el cual Fausto y Mefistófeles se entregan á las más desenfundadas cabriolas, y en el *Segundo Fausto* el baile de los Elfos, el de Carnaval en el palacio del emperador, el de Euforión y las niñas ante Elena y Fausto, etc., etc. Hay, pues, motivos de sobras para que un compositor pueda lucirse y el músico inspirarse.

Aparte de lo que decimos es digno de recordación que durante los siglos XVI y XVII la leyenda de *Fausto* era representada en Alemania bajo la forma de una función de títeres, abo- lengo bien humilde en

# EL AUTOMOVILISMO



1.—¿Conqué, te has separado de tu marido, por qué no te quería acompañar en el automóvil?  
—No ha sido precisamente porque no quería acompañarme á mí, sino porque quería y acompañaba á otra.



2.—Yo me alegraría muchísimo llegar á ser gobernador; pa meter en ratura á esos de los suz-frendites... y pa tener más salida, de paso.



3.—Ya sabrás que se han inventado unos coches que andan por no-fín del petróleo.  
—Pues hay que comprar uno pa que salgamos del club, el día del tranto, Melitón.



4.—Allí viene Angolito con su automóvil, y me parece advertir sus intenciones, var al al pasar puede decirme un piropo á mí... y stropellar á mamá.



5.—Á mí me convenía tener un automóvil porque al mejorarse de fortuna, y hacerse posesiones por aquí cerca, iría á menudo á verlas.

—Uso si es para visitar las posesiones, no te corra prisa, créeme Indalecio.



# EL CASTIGO

REALMENTE era espantosa, según la expresiva frase del poeta, la soledad en que el pobre don Hilarión vivía. Viudo y con un niño de corto tiempo, sin familia que le asistiera en su desamparo, y casi puede decirse que sin hogar, pues moraba en un cuarto realquilado, teniendo por única criada a la patrona que, mediante una módica retribución, le atendía en lo más preciso, la existencia del infeliz señor se deslizaba monótona y triste como nebuloso día de invierno. El único rayo de sol que la alumbraba era su hijo, Manolín, á quien quería

con delirio y en el que tenía puesta todas sus esperanzas. Pero por desdicha, estaba privado del calor del mismo.

A la muerte de su esposa, don Hilarión que era pobre y que vivía del producto de su trabajo intelectual, para seguir bregando en la penosa lucha por la existencia que el escritor sostiene, se encontró en que el niño era una rémora, é impulsado por la necesidad, no tuvo más remedio que colocarlo de alumno interno en un colegio. Era un sacrificio indispensable que el buen padre no titubeó en hacer, por más que al dejar el niño en las Escuelas Pías, bajo la férula de ilustrados sacerdotes, dejaba también en el colegio la mitad de su corazón.

La otra mitad para él no existía. Estaba enterrado con la llorada esposa, en uno de los nichos de la Sacramental de San Isidro. Don Hilarión había sido en su vida matrimonial muy desgraciado. Y no porque no amara á la compañera de su vida. La había querido de verdad, sino con esas manifestaciones externas que tanto agradan á las mujeres, con el afecto de una pasión tranquila y la satisfacción propia del que sabe que realmente es correspondido. Su mujer que era tan hermosa como honrada, le había también amado con verdadero cariño, sin que jamás por su mente cruzara la idea de faltar á sus deberes. Pero no bastan el amor, la hermosura y la honradez para hacer la felicidad de un matrimonio. Aquella mujer, poseyendo cualidades tan buenas, tenía un grandísimo defecto: el carácter. Hija mimada, sin otra institutriz que una madre complaciente que adoraba en ella, desde su niñez había sido su capricho ley, y acostumbrada á no sufrir contrariedades de ningún género, poseía una voluntad completamente virgen. Desde el primer día de su matrimonio se propuso dominar á su marido, que era extremadamente débil, y lo consiguió. Cuando el bueno del esposo quiso volver por sus fueros de jefe de la familia, era tarde: su mujer se los había arrebatado. Física y moralmente el niño Manolín era un reflejo de su madre. Tenía su misma hermosura, pero también su voluntad virgen, que más tarde sufriera con paciencia las contrariedades de la vida.

Todas las noches, cuando encerrado entre las cuatro paredes de su gabinete de trabajo, el pobre escritor robando horas al reposo, se ocupaba en emborronar cuartillas, su espíritu sufría una tortura difícil de describir. ¡Menguada suerte la suya!; Sentirse enteramente espiritual y hasta un tantico romántico; tener alas para volar por espacios dilatados en los que pudiera embriagarse de aromas, luz y poesía; poder expresar en sonoras



rimas sus recuerdos, que eran parte integrante de su existencia; y por las imperiosas necesidades de ésta, por la conquista del duro pañecillo, verse precisado á prescindir de todos esos manantiales de belleza, para hacer alardes de ingenio, escribiendo chistes y más chistes que el público regocijado leía, sin sospechar que las lágrimas del poeta habían manchado más de una vez las cuartillas del escritor festivo!

Porque don Hilarión era verdaderamente un poeta. Muerta su esposa, su recuerdo era para él un culto; y en las soledades de su gabinete, en aquellas tristes horas en que la nostalgia del bien perdido se apoderaba de su ser, abstra'yéndole por completo de las realidades de la vida, se consolaba contemplando los retratos de los seres queridos.

Los días transcurrían para el infeliz lentos y pesados, y su único afán era la llegada del primer domingo de mes, día de asueto para los colegiales, que en premio á su aplicación, lo tenían destinado para pasarlo con sus familias.

¡Con qué gozo llegaba para el buen padre tan deseado día! En la tenebrosa noche de su existencia era para él como una estrella que bañaba todo su ser de luz. ¡Qué de planes se forjaba!

Iria al colegio por el niño, después de las nueve de la mañana, con el fin que éste hubiese cumplido ya con sus deberes religiosos.

Luego darían un paseo por Madrid; entrarían en los bazares á proveerse de juguetes: comerían en la fonda; irían después al café; pasarían la tarde en la zarzuela; y á las diez de la noche volverían al colegio, no sin haber cenado juntos, en cualquier restaurant económico.

Esto mientras durasen los tristes días de invierno.

Cuando llegara la primavera sería otra cosa.

Merendarían alguna vez en los Verros, y hasta se permitirían alguna gira al Escorial, Aranjuez ó cualquier otro de los sitios reales.

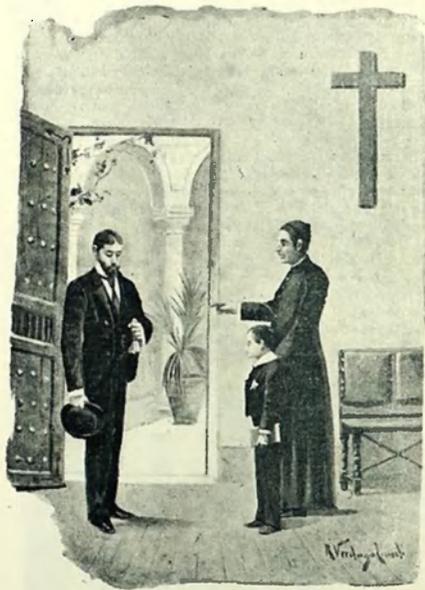
Pero tan bellos planes habían una vez de fracasar.

Llegó un día de sué en que el desdichado don Hilarión fué al colegio en busca de su hijo, y le recibió uno de los profesores, que llevando á éste de la mano, le dijo con tono severo:

- Este caballerito no puede hoy salir.  
 —¿Por qué?—le preguntó sorprendido el pobre padre.  
 —Porque está castigado,—le repuso el profesor.

—¡Ah! No,—exclamó D. Hilarión secándose con el pañuelo las lágrimas que saltaron á sus ojos,—le digo á usted que no es el niño realmente el castigado; el castigado... soy yo!

J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE



## EPIGRAMAS

De su sobrino Canido  
 decía don Sisebuto  
 que es un joven distinguido;  
 y es cierto: siempre lo ha sido  
 de los demás por lo bruto.

Concha regaló un bastón  
 á su primo Luis Pantoja,  
 y éste va diciendo á todos  
 que tiene un bastón de concha.

EDUARDO GUILAR



R. Verdugo Jandi: EN EL PUERTO



## EL CORTESANO

Si hierve la juventud  
en nuestra sangre ardorosa  
¿hay situación más odiosa  
que la infame esclavitud?

Solo es más terrible pena,  
que aumenta la amarga suerte,  
no poder, aun siendo fuerte,  
quebrar la infame cadena.

Pasó el tiempo con premura,  
y el corcel, de altiva raza,  
se acostumbró á la mordaza  
y se amoldó á la herradura.

Y bendijo el blando lecho  
y aquel sustento abundante  
y el arnés tan arrogante  
en grupa, cabeza y pecho.

¿Quién conserva en la memoria  
la antigua errática vida?  
El ya dichoso, la olvida  
como vergonzosa historia.

Y en los placeres ya ducho,  
amó la comodidad.  
Muy bella es la libertad,  
mas da poco y cuesta mucho.

Ya no humilla su valor  
saquen de su fuerza el yugo,  
poniéndole bajo el yugo  
cuando ordena su señor.

El tiene abrigo en invierno,  
ostenta el cuerpo pulido,  
y aun antes de apetecido  
halla pienso rico y tierno.

Y como recibe ufano  
los cuidados de un sirviente  
se imagina el insolente  
que él es también soberano.

Por eso, por los paseos  
orgallosa lleva alzada  
la cabeza empenachada  
con declumbrantes arreos.

Y es triste que no vislumbre  
que tan vanos oropeles  
solo son emblemas fieles  
de su abyecta servidumbre.

Más, él prefiero su hartura,  
servilmente conseguida,  
á su antigua libre vida  
y á su indómita bravura.

Y viendo tan galano  
parece al mundo exponer:  
—No hay más gloria ni placer  
que ser cual yo, cortesano.

JOSÉ DE SILBA

En praderas sin confines  
tuvo origen, donde el viento,  
cual él, sin freno, violento,  
acariciaba sus crines.

Donde los cielos tronantes,  
con las lluvias que azotaban,  
furiosos se desataban  
en sus lomos humeantes.

El, lleno de majestad,  
de ardores altaneros,  
gozó, en sus años primeros,  
de la hermosa libertad.

Pero, una mano traidora  
le arrebató, en su fereza,  
de la gran naturaleza,  
su madre y su protectora.

Entre muros le encerró,  
y puso hierros después  
en su boca y en sus pies,  
y ante un coche le enganchó.

Al pronto ¡cuántos enojos!  
en los labios ¡cuánta espuma!  
¡qué pesadumbre tan suma  
sobre sus húmedos ojos!

## LO DE MARRUECOS

De nuevo vuelven á ocupar la atención los manejos de Francia para *penetrar* en el imperio del Ocaso. Ya por el pronto es un hecho la conquista de los oasis de Insata y Tuat, al Sur de Marruecos, tributarios hasta ahora del Sultán; pero no para así la cosa sino que Francia pretende abrirse paso por el propio territorio mogrebino ó sea por Tafíete, en el ángulo SE. del caduco imperio. El propósito estriba en mantener libres las comunicaciones entre el Golea, al Sur de Argelia, y la Senegambia á través del Sabara, por dichos oasis y Tombuctú, ó sea por el Este de nuestro Río de Oro. El territorio del Sudeste marroquí, amenazado hoy por nuestros vecinos del Norte, es poco conocido, y, sin embargo, no puede ser más interesante.



LIMPIANDO TRIGO

tribus *chilluks* (montañesas), y cortada por profundos desfiladeros. Al Sur, elevan sus moles el Tizi Likumpt (13,150 pies), el Tizi Noawot (14,000 pies), y el formidable Tizin Tanjurt (15,600 pies), siendo notable el gran numero de ruinas que se encuentran del periodo *rumi*, ó sea anterior al Islam. El paisaje es grandioso, pero también desoladísimo; solo en los valles, y por el sistema de taludes ó terrazas escalonadas consiguen los naturales cosechar algún trigo, y cultivar el olivo, el almendro y el nogal. Algunos rebaños de cabras y carneros ayudan á pesar la vida en aquellos lugares, incommunicados con el resto del mundo durante el largo invierno. En todas las aldeas de las vertientes del Atlas como Asni, Tasdirk, Humast, etcétera, abundan en gran manera los judíos, *notables* por la horrible suciedad de sus *mellahs* ó barrios.

El Atlas comunica con el Anti-Atlas por una meseta de 6 á 9,000 pies de altitud, donde no se ha avensurado hasta ahora ningún viajero, y el terreno va luego descendiendo hacia Tafíete.



CUERNO DE PÓLVORA  
Y BOLSAS DE BALAS



ALDEA DEL VALLE DE UJDA



JUDIOS DE ASSI'

Esta provincia, lindante con el Sahara es no solo importante por su feracidad sino más aun por ser el camino por donde pasan las caravanas que hacen el comercio con el Sudán y el Africa Central, contando para ello con cuatro vías principales: por el Sur la del Tuat y la de Tombuctú por El Arib; por el Norte la de Fez y la de Marrakesch, y además hay también otra vía de comercio con Argelia por los oasis de Figuij y de Chelala.

Sea como fuese, no parecen las circunstancias actuales las más á propósito para que Francia se comprometa en una guerra formal para conquistar el sudoeste marroquí, pues precisamente en estos momentos tiene que reprimir una insurrección en Argelia. Lo bueno del caso es, sin embargo, que Francia no es colonizadora ni mucho menos, á pesar de lo cual no cesa de extender sus dominios para que vayan luego á explotarlos los ingleses, como en Madagascar, ó los alemanes, como en el Tonkin, de tal manera que no es de creer que nadie la impida conquistar la porción que quiera; en cambio sería distinto si pretendiera conquistar por el Norte, en cuyo caso correría peligro la seguridad de Gibraltar.



TABDIRT Y WAD IMINEN

TESOR:

Los di  
mente :

Hay un  
lleva ei  
de raro  
se encu  
ladar, e  
y para  
descom  
pietarik  
tes ó b  
historia  
y el po  
servarl  
amigos

Un t  
dentad  
cosa m  
céntric  
lleva u  
placa ó  
delgad  
cuales  
miniat

De u  
un tint  
preseri  
á caml  
mundo  
entera  
para ll  
traord  
una al

EM

Segu  
de los  
sulfito  
siguie  
Se d  
de cal  
agua :  
Agu  
Sulf

Re  
casill  
casill

# PEPITORIA

## TESOROS OCULTOS EN LA BOCA

Los dientes postizos son ocasionalmente usados para fines secretos. Hay una persona en Chicago, que lleva en su boca veinte diamantes de raro valor y belleza; pero éstos se encuentran en la lámina del paladar, enteramente fuera de la vista, y para preservarlos de todo daño ó descomposición, se abstiene el propietario de tomar alimentos calientes ó bebidas fuertes. Hay cierta historia relacionada con estas joyas, y el portador está ansioso por conservarlas fuera de la vista de sus amigos y parientes.

Un testamento en un juego de dentadura artificial, es, en verdad, cosa muy rara. Con todo, una excéntrica anciana de Nueva York, lleva una dentadura postiza, cuya placa de paladar se compone de dos delgadas hojas de oro, entre las cuales está insertada una copia en miniatura de su testamento.

De una manera semejante á ésta, un tintorero químico conserva una prescripción que, según él, no daría á cambio de todas las riquezas del mundo. No encontrando un lugar enteramente seguro de su cuerpo para llevar siempre consigo la extraordinaria fórmula, le ha hecho una alcañicia dentro de su boca.

### BANISTERIOS COMPLETOS DEL HIPERSULFITO EN LIS DE ANILINIS

Según M. Licsegang desaparece de los negativos toda traza de hiposulfito empleando el procedimiento siguiente:

Se disuelven 20 gramos de cloruro de cal en 100 centímetros cúbicos de agua y se mezclan con:

Agua, 100 centímetros cúbicos.  
Sulfato de zinc, 100 gramos.

Después de agitar energicamente dichas sustancias se añaden 680 centímetros cúbicos de agua y se guarda el todo en un frasco al abrigo de la luz.

En el momento necesario se sumergen los clichés durante diez minutos en un baño compuesto de una parte de dicha disolución y cinco ó seis partes de agua.

El que no anda en buenos pasos y tropieza por ahí, es que no usa el callicida del doctor LADIVONSIM.

Notable como siempre es el número de NUEVO SIGLO correspondiente á esta semana, tanto por lo que respecta al texto como á la ilustración.

Realmente esta simpática publicación presta relevantes servicios á la cultura nacional al par que procura singular distracción con sus novelas, llenas del más emocionante interés.

### CUENTO

Cierto gitano pegó una paliza bestial á su mujer y la hirió; y ella, es claro, lo llevó ante el juez municipal.

Delante del juez negó haberla herido el gitano: —¿Cómo ez posible zello.

que la haya jerio yo si le pegué con la mano?

Entonces hecha una fiera ella dijo: —Zello juez no crea usia á ese gatera.

¡Pillo! si la mano era... ¡la mano del almirez!

LUIS DEL ARCO

## JEROGLIFICO



Las soluciones en el próximo número.

### SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Frase hecha. — Dar en la cara.

Salto de caballo. —

### ROGAD A TIEMPO

Marchado con su madre, inte rebaba, cae al suelo, se biera, y despulando se hablan así. Después las dos llorando: — ¡Si no fueras tan mala...! — No soy mala. — ¿Qué hacías al caer...? — ¡Iba rezando!

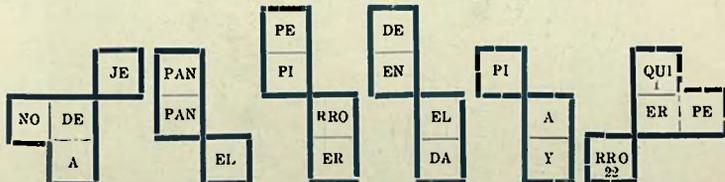
### CORRESPONDENCIA PARTICULAR

R. B. — Barcelona. — El cuento está muy bien pensado y desarrollado, pero se notan ciertas inexpertencias en la forma que me tempan publicar.

A. V. L. — Madrid. — Igualito que el anterior. S. M. de B. — Gerona. — Todo está bien; íran. El Moro Musa — Barcelona. — Amigomio, me parece que ha dejado ostid de ser musulmán para convertirse al cristianismo.

I. R. — Madrid. — No puedo complacerle porque para dirigirse á ella están los burones de correos, ó el aguador.

### RECONSTRUCCION, por Novejarque



Recórrense estas figuras y ordénense de modo que se forme una figura regular y entonces empezando en la casilla señalada con el número 1 y dando saltos de caballo de ajedrez, se tiene que leer un refrán con todas las letras.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 54.—BARCELONA

## CUENTO BATURRO



Ya sabes á lo que vamos á casa del tío Usta-  
goio: á ajustar mi boda con su hija. Pues bien:  
si yo digo que tengo... cuatros, tú has de decir  
que son ocho.



—Buenos días tío Ustaquo: aquí venimos á ver si  
acabamos de arreglar ese asunto.

—Bien venidos, pasen ustedes. Hombre yo creo que  
eso es cuestión arreglada.



—Ya le dije á usted que tengo dos pares de  
mulas.

—... yega y dos lechadas y tres burros de  
bato: hombre todo se ha de contar.



—Tengo también dos majojellos ..

—Redíos majojellos! Dos viñas que coge en ellas  
quínientos alqueces de vino y á más los plantadillos  
jóvenes



—Tengo á más mi rebañico de carneros...

—Rebañico eh? 3,000 cabezas sin contar los cordé-  
ricos, ni el cabruno, ni...



—Y de salud ¿está usted bien? Por-  
que también la salud hace falta.

—Sí, señor. Aquí tengo en este ojo una subeoca.

—Redíos subeoca! No es más subeoca que  
no ve gota.